

CAPÍTULO XVIII

Mr. de Bernis. — Su fortuna. — Trata de abandonar la alianza austríaca. — Mad. de Pompadour descontenta. — Mr. de Stainville. — Choiseul. — Su conducta con el cardenal de Bernis. — Retirada del cardenal. — Favor de Mr. de Choiseul. — Es creado duque. — Expresión de Federico. — Destierro de Mr. de Bernis. — Conducta de Mr. de Choiseul. — Mad. de Pompadour y la reina. — La marquesa cumple con la Iglesia. — Escisión entre los jesuitas. — El delfín. — Su destierro á Meudón. — El parlamento. — Prácticas religiosas del delfín. — La familia de Choiseul. — Advenimiento de Pedro III. — Catalina II. — Poderío ruso.

El abate de Bernis, que desde el tocador de Mad. de Pompadour habia negociado y concluido con el ministerio austríaco el tratado de 1.º de mayo de 1756, fué nombrado embajador en Viena el 11 de enero siguiente para cimentarla más: después de cumplir su comisión volvió á París, fué admitido en el consejo el 2 de enero de 1757, y nombrado ministro de Negocios extranjeros en el mes de junio. El tratado de 1756 habia sido el origen de aquel favor: un capelo debía ser la recompensa, y no era cosa muy difícil de conseguir para dos potencias católicas como la Francia y el Austria.

Por otra parte, el abate de Bernis, aunque enemigo de los jesuitas, y algún tanto filósofo, no habia sido

extraño á la exaltación del veneciano Bezzonico, que al subir al pontificado se puso el nombre de Clemente XIII.

Después de confiarle la cartera de Negocios extranjeros en junio de 1757, fué nombrado comendador de la orden del Espíritu Santo el 2 de febrero de 1758, y á fines del mismo año, recibió el capelo de cardenal.

Para sostener sus nuevas dignidades y el título de conde que á ellas habia añadido el rey, fué preciso crear una fortuna al nuevo cardenal. En su consecuencia, el rey le señaló una pensión, habitación en el Louvre, y le dió una plaza en el cabildo noble de Lyon: en 1755, añadió á ella la abadía de San Arnoldo, la de San Medardo de Soissons en 1756, el priorato de la caridad en 1757, y en fin, la abadía de Tres Fuentes en 1758. Pero encontrándose ya conde, ministro, cardenal y rico, el abate comenzó á conocer que la alianza con el Austria era cosa fatal, y que la guerra de los siete años que habia sido le consecuencia, era no sólo ruinoso para la Francia, sino también para su popularidad: intentó, pues, negociar la paz aun cuando para conseguirlo tuviese que abandonar la alianza austríaca.

Aquello no convenia á Mad. de Pompadour; así fué, que en el momento en que no vió ya al cardenal su primer partidario, le creyó peligroso y pensó en derribarle.

El embajador entonces en Viena era Mr. de Stainville-Choiseul, hijo de Mr. de Stainville, enviado del gran duque de Toscana. Habia servido en el ejército de Mr. de Noailles, en donde desempeñaba el empleo de ayudante mayor general de infantería. Era hombre de figura poco agradable, pero de talento, de ambición desmesurada, y de carácter bastante audaz para

sostenerla. Manifestaba poca rigidez en los principios que la política y la diplomacia colocan en el número de las virtudes vulgares y parecía que anhelaba más inspirar temor que estimación.

El abate de Bernis se dirigió á él para conseguir el objeto pacífico que acababa de sustituir á su primera política.

Mr. de Choiseul no vaciló entre el cardenal de Bernis y Mad. de Pompadour, con quien estaba en correspondencia directa: comunicó los pliegos del cardenal á María Teresa, pintándola al ministro de Negocios extranjeros, como un hombre peligroso y desalentado, y á quien por consiguiente era necesario hacer que abandonase su puesto. Encontrando María Teresa tan excelente austriaco en Mr. de Choiseul, no titubeó en prometerle el ministerio de Mr. de Bernis, cuya caída estaba resuelta en Viena, aun antes de que Luis XV supiese que había perdido el crédito su ministro.

El cardenal de Bernis vio bien pronto lo que se tramaba contra él. Era hombre de mucho talento, y comprendía que podía sostenerse contra Mad. de Pompadour, María Teresa y Mr. de Stainville-Choiseul: en su consecuencia hizo dimisión en favor de este último y le fué aceptada. Llamaron de Viena á Choiseul y le nombraron duque, como el abate de Bernis había sido creado cardenal.

Por esta razón solía decir Federico:

« Al abate de Bernis le han hecho cardenal por haber cometido una falta, y le han quitado el ministerio por haber querido repararla. »

Mas esto no era bastante, porque el cardenal había quedado en el consejo, y continuaba apoyando la paz como el único remedio capaz de sacar á la Francia de

la situación en que se hallaba: por lo que María Teresa no cesaba de quejarse de él. El duque de Choiseul y Mad. de Pompadour prepararon una orden de destierro, que presentaron al rey, y éste firmó.

Librándose de Bernis, Mr. de Choiseul, ya ministro, ó poco menos, llegaba á ser par: pagaba sus deudas, se enriquecía, aseguraba el porvenir de su familia, y á Mad. de Pompadour el principado de Neufchatel, hacia el cual volvía continuamente sus ojos, y en el que veía un retiro al que no podía alcanzarla la enemistad del delfín, en caso de que no muriese el rey.

La pobre mujer, de edad de treinta y ocho á treinta y nueve años, estaba muy distante de pensar que le precedería al sepulcro. En el siglo diez y ocho, las queridas de los reyes morían jóvenes.

Desterrado el cardenal de Bernis, Mr. de Choiseul, lorenés de origen y particularmente de carácter, hijo de un padre que había sido embajador del emperador, y que por aquella calidad recibía una pensión del Austria, permaneció completamente austriaco en la corte de Francia.

Cuando subió al poder, comprendió que le era preciso, como había optado entre Mad. de Pompadour y el delfín, optar entre los jesuitas y el parlamento.

Entre la favorita y el delfín, Mr. de Choiseul había optado por la primera.

Para ser consecuente, necesitaba decidirse por el parlamento contra los jesuitas.

Explicar esta necesidad, y cómo Mad. de Pompadour había llegado á mirar aquella orden como enemiga suya, y por consiguiente á hacerla la guerra, será un ejemplo más de que las causas pequeñas producen grandes efectos.

Mad. de Pompadour había sido presentada en 1745; cuando en 1746 llegó á ser marquesa, quiso ser camarista de la reina. Se comprende muy bien que la reina no podía aceptar con gusto aquella presentación: sin embargo, era tan buena y se conformaba tanto con los caprichos de su real esposo, que la duquesa de Luynes se encargó de poner la pretensión de Mad. de Pompadour á los pies de la reina, quien contestó que todas las plazas de camaristas estaban ú ocupadas ó prometidas.

— Pues bien, insistió Mad. de Pompadour, haced saber á S. M., que me creeré muy honrada con ser supernumeraria.

Mad. de Luynes fué á presentar esta nueva súplica á la reina, y después volvió al lado de la favorita.

— ¿Qué ha resultado? preguntó ésta.

— Que S. M. quiere conservar en su casa la regla establecida, respondió Mad. de Luynes.

— ¿Cuál es esa regla? preguntó Mad. de Pompadour.

— Que las camaristas frecuenten los sacramentos, y que todas cumplan por lo menos con la Iglesia, cuya regla observa también la servidumbre de la señora delfina.

— Pues yo, dijo Mad. de Pompadour, cumplo con la Iglesia.

— La reina lo cree así, contestó Mad. de Luynes, pero como el público no está persuadido de ello, sería necesario que lo creyese como la reina; entonces, ésta daría con gusto su consentimiento.

Enrique IV había dicho: « Paris bien vale una misa. » Mad. de Pompadour dijo: « La plaza de camarista merece el trabajo de confesarse y consultar. »

Pero Mad. de Pompadour cometió una gran falta. Por muy edificada que debiese encontrarse por el asunto del P. Perusseau y de Mad. de Chateauroux, se dirigió á los jesuitas para obtener la confesión y comunión.

Era un negocio grave para la orden confesar á Mad. de Pompadour; así es, que hubo escisión entre los buenos padres, que se dividieron en dos partidos.

Uno tolerante, que opinaba se confesase y diese la comunión á Mad. de Pompadour, pura y simplemente y sin condición; y otro de los verdaderos jesuitas, que no quería á Mad. de Pompadour, á sus principes, á los filósofos, ni al abate de Bernis, resolvió negarle la absolución mientras permaneciese en la corte y al lado del rey.

Los jesuitas adoptaron el segundo partido, y en su consecuencia negaron la confesión y comunión á Mad. de Pompadour.

De esto provenía el odio de la favorita contra la orden, quien viendo en 1755 perfectamente consolidado su poder, decidió desde aquel momento su expulsión de acuerdo con el abate de Bernis.

Casi en el mismo instante en que se adoptó aquella resolución, los jesuitas, que tenían espías en todas partes, fueron avisados de ella: un escribiente de quien nadie desconfiaba, ponía en conocimiento del rector de la casa de San Antonio de Paris cuanto podía traslucir acerca del particular.

Entretanto, confesada ó no, la reina se había visto precisada á ceder y, por orden de Luis XV, fué presentada el 8 de febrero de 1756 en clase de camarista supernumeraria.

Una de las consideraciones anejas á aquella presentación, era el ser abrazada por el delfin. Obligado

éste por su padre, abrazó á la favorita, pero al retirarse, le sacó la lengua.

Una buena alma, que había sorprendido en un espejo la acción del delfin, fué á contárselo á Mad. de Pompadour, que en el mismo instante se quejó al rey de aquella afrenta, persuadiéndole que faltando al respeto á su querida, le había faltado á él mismo.

Sin concluirse la sesión, el rey mandó al delfin que marchase á Meudón y permaneciese allí. La reina y los ministros procuraron entonces apaciguar al rey, pero permaneció inflexible.

La noticia de aquel destierro, y la causa que le había producido llegaron al parlamento; irritado éste, sólo aguardaba una ocasión para dejar oír uno de sus sordos murmullos, que siempre hacían eco en el pueblo, y le despertaban aun cuando estuviese profundamente dormido. Mr. de Maupeón fué á ver al rey, y le entregó una representación sobre el destierro de un príncipe que pertenecía menos al monarca que al Estado, de que debía ser soberano algún día. El rey consentía en el regreso de su hijo, pero con condición de que negaría haber sacado la lengua, burlándose de Mad. de Pompadour. El delfin lo hizo así, volvió á la corte, pero se convirtió en encarnizado enemigo de la favorita.

He aquí porque Mr. de Choiseul, declarándose por ella, se declaraba contra el delfin, y adoptando el partido del parlamento, rompía abiertamente con los jesuitas. Era indudable que el delfin simpatizaba con aquella orden.

Habían avisado al rey que el delfin, no sólo cumplía con escrupulosa exactitud su deberes de cristiano, sino que diariamente, y cual si fuese un sacerdote, rezaba *Maitines* y *Laudes*, y como Luis XV era reli-

gioso en el fondo de su corazón, aprobaba la conducta del príncipe, pero él mismo le reprendió aquel exceso de devoción.

El delfin recibió respetuosamente las indicaciones de su padre, pero continuó como antes, rezando *Maitines* y *Laudes*.

Un día participaron al rey que el delfin, además de rezar el oficio divino, pasaba una gran parte de la noche arrodillado delante de un crucifijo, y que vestía el hábito de jesuita. Por el pronto, el rey miró aquella noticia como un cuento, pero una noche que se volvía á su real cámara á cosa de las tres de la mañana, uno de los criados de Mad. de Pompadour le ofreció convencerle si gustaba, de la clase de ocupación nocturna del delfin.

Aceptó el rey, porque dudaba todavía, y le condujeron á la habitación del delfin, cuya puerta estaba abierta, para dejar el paso libre al monarca, quien llegando hasta el salón, vió en la alcoba de su hijo un hombre con traje de jesuita, arrodillado delante de un crucifijo.

Aquel hombre tenía vuelta la espalda, y el rey no podía verle la cara, ¿pero quién que no fuese el delfin, podía encontrarse en su alcoba á las tres de la mañana?

El rey no titubeó, pues, en creer al delfin culpable de aquel exceso de devoción. Y en efecto, debía parecer un crimen á los ojos de un rey, que á las tres de la mañana salía de una orgía con la lengua balbuciente y el paso vacilante por efecto de la crápula, el ver á su hijo, joven de veinticinco años, orando y haciendo penitencia, no por sus pecados, porque vivía ejemplarmente, sino por los de su padre.

Además, como ya hemos dicho, el delfin se había

pronunciado contra la alianza austriaca, lo cual era una razón más para que Mr. de Choiseul se declarase contra él.

Sin embargo, comprendió que en la lucha que necesariamente tendría que sostener con el primer príncipe de la casa real, heredero de la corona, no era bastante contar con el apoyo del rey, y que necesitaba á María Teresa, Mad. de Pompadour, el parlamento, y colocar á toda su familia en elevados empleos, para que el menor amago contra su autoridad le fuese denunciado, como la araña siente el más leve soplo que hace mover su tela.

Al efecto comenzó á hacer entrar en sus miras, y á participar sus más secretos planes á su hermana, que era mujer de talento, de carácter y de intriga.

Beatriz, condesa de Choiseul-Stainville, era canonesa como Mad. de Tencin, y se aseguraba que se asemejaba mucho en profesar á su hermano un cariño demasiado vivo para no ser más que fraternal: acusaciones de esta especie eran muy comunes en la época que tratamos de escribir, y no debe dárseles más crédito que el que se merece una chismografía de la corte.

La condesa de Choiseul-Stainville fué llamada á Paris, en donde se trató primero, pero sin conseguirlo, casarla con el príncipe de Beauquemont, que eludió el proyecto: poco después de frustrarse aquel enlace, contrajo matrimonio con el duque de Grammont, el cual consintió en él, por la promesa que le hizo Choiseul de hacer que se alzase el embargo de sus bienes.

Desde entonces, la duquesa de Grammont tuvo una corte bastante considerable para hacer fruncir el entrecejo á Mad. Pompadour.

Viendo ya ministro al conde de Choiseul, y á su hermana duquesa de Grammont, todos los Choiseuls de la tierra fueron llegando á la corte. Entonces, para obtener empleos, no había más que llamarse Choiseul y pertenecer á la rama masculina de aquella familia.

El duque de Choiseul, creado par en 10 de diciembre de 1758, se hizo reemplazar en su embajada de Viena, por el conde de Choiseul.

En 1759, Leopoldo Carlos de Choiseul-Stainville fué nombrado arzobispo de Alby, hasta tanto que se le confriese el arzobispado de Cambrai que le tenían prometido.

En 1760, el conde de Choiseul, embajador en Viena, fué creado caballero de las órdenes del rey; y una señora de Choiseul, canonesa de Remiremont, y abadesa de San Pedro de Metz.

Creado ya caballero de las órdenes del rey, el conde de Choiseul, embajador en Viena, y teniente general del Austria, dejó su embajada y entró como teniente general en el ejército francés.

Algún tiempo después, el duque de Choiseul se confirió á sí mismo el gobierno de la Turena, el empleo de superintendente general de postas, y reunió el ministerio de Negocios extranjeros al de la Guerra. Se aprovechó de aquella circunstancia para hacer mariscal de campo á Mr. de Choiseul-Beaupré.

Mr. Choiseul de la Beaume, que era subteniente en un cuerpo de escoceses, fué nombrado coronel del regimiento de dragones de Aubigné; y el conde de Stainville inspector general de infantería.

Después de manipular en la Iglesia, en la diplomacia y en el ejército, Mr. de Choiseul empezó también á hacer variaciones en el personal de los ministerios.

El conde de Choiseul, embajador en Viena, caba-

llero de las órdenes del rey, y teniente general del ejército, fué nombrado ministro plenipotenciario en el congreso de Augsburgo, en el mes de mayo de 1761; y en 13 de octubre siguiente ministro de Negocios extranjeros: se apoderó del de Marina el 14, llegó á ser par de Francia, tomó el título de duque de Praslin, y recibió el elevado cargo de lugarteniente general de Bretaña, al tiempo mismo que su esposa obtenía la entrada y asiento en el cuarto de la reina.

Mad. de Choiseul-Beaupré llegó á ser abadesa de Glossinde. Mr. Clesiadne de Choiseul fué nombrado cardenal. Mr. de Choiseul-Beaupré, teniente general. El vizconde de Choiseul, brigadier de infantería. Mr. de Choiseul la Beaume, mariscal de campo. Y por último, el barón de Choiseul, embajador cerca del rey de Cerdeña.

Todos los Choiseuls, hombres y mujeres, que acabamos de nombrar, oficiales, embajadores, ministros, cardenales, gobernadores de provincias, brigadieres, tenientes generales y mariscales de campo, formaron lo que se llamó la dinastía de los Choiseul, dinastía obediente al duque de Choiseul, su jefe, y que para ejecutar sus órdenes no necesitaba más que un gesto, una señal, ó una mirada.

Solo un Choiseul hizo oposición: llamábase Choiseul-Romanet, porque se había casado con la hija de Romanet, presidente del supremo consejo: había sido paje del delfín, y se decía que su mujer había sido querida del rey, aunque por poco tiempo. Fué encerrado en la Bastilla.

Mr. de Choiseul, que no tenía 4.000 libras de rentas cuando fué ministro, se casó el 14 de diciembre de 1750 con la señorita Crozat, nieta del famoso millonario de aquel nombre, que en 1746 ocupaba el cuarto

lugar entres los mayores contribuyentes, que con el número 221 se le calculaban seiscientas mil libras de renta, y cuyo padre había comprado el título de marqués de Chatel y de Caramán: fué un ángel durante la vida de su marido, y una santa después de su muerte.

Mr. de Choiseul sostenía, pues, á María Teresa con todo su poder, cuando un acontecimiento inesperado la obligó á hacer la paz.

Murió la emperatriz Isabel, y dejó el trono á Pedro III, que era amigo personal de Federico.

Apenas subió Pedro III al trono de Rusia, se retiró de la coalición, y mandó á sus tropas que se uniesen á las de Federico: no había medio alguno para sostenerse con semejante cambio.

De aquí provino el tratado de París tan desastroso para nosotros, y en el cual no perdió Federico una pulgada de terreno.

Es cierto que Pedro III no permaneció mucho tiempo en el trono: el mismo año en que la había hecho emperatriz, Catalina II le hizo prisionero.

Siete días después, Pedro III murió en su prisión, y Voltaire que había llamado á Federico II el Salomón del Norte, tuvo una amiga más entre las testas coronadas.

Catalina ganó el nombre de Semiramis del Norte, que la posteridad cambió en el de Mesalina.

Desde el reinado de Catalina II data realmente el acrecentamiento de la Rusia. No podemos resistir, puesto que hemos llegado á este punto, al deseo de presentar á nuestros lectores el cuadro del aumento continental de aquella potencia, como hemos ofrecido á su vista el del aumento colonial de la Inglaterra.

Hace cien años, la Rusia se extendía desde el Kiew

á la isla de San Lorenzo, y desde los grandes montes Altai hasta el golfo de Tenisia, y aun podría creerse que para marcarla un límite, descubría Bering el estrecho á que al morir dejó su nombre.

La Rusia no se ha detenido allí, y ha traspasado el antiguo límite del Kiew.

La serpiente escandinava, que envuelve con sus rocas la séptima parte del globo, desarrolla los anillos de una de sus mandíbulas : con su boca entreabierta para devorar á la Prusia, toca en el día por Occidente al Vistula, y al golfo de Bothnia : por el Oriente ha atravesado al extenderse el estrecho de Bering, y sólo se ha detenido al encontrar á la Inglaterra al pie del monte de San Elías y de las montañas Bukland : en el día forma una playa dentellada, que como último límite del mundo, se desprende hacia la orilla del océano Glacial, desde el río Pianina, hasta las islas de los Osos, y desde el lago Praniskoe hasta el cabo Sassé.

Así es que la Rusia en el espacio de cien años ha ganado á la Suecia : la Finlandia, Abo, la Esthonia, la Livonia, Riga, Revel, y una parte de la Laponia.

Á la Alemania : la Curlandia y la Samogicia.

Á la Polonia : la Lithuania, la Volhinia, una parte de la Galitzia, Mophilew, Vitepsk, Polosk, Minsk, Bielistok, Karnenienst, Tannopol, Vilna, Grodminsk y Varsovia.

Á la Turquía : una parte de la pequeña Tartaria, la Crimea, la Besarabia, el litoral del mar Negro, el protectorado de la Servia, de la Moldavia y de la Valaquia.

Á la Persia : la Georgia, Tiflis, Erivan, y una parte de la Circasia.

Á la América : las islas Aleoutienas, y la parte

noroeste del continente septentrional del archipiélago de San Lázaro.

Su mayor longitud es de tres mil ochocientas leguas, y su mayor anchura de mil cuatrocientas : su población es de setenta millones de habitantes.

Al otro lado del mar Negro, mira á la Turquía, á la que se prepara á invadir.

Y si algún día llega á incorporarse la Suecia, cierra el estrecho del Sund al Occidente, el estrecho de los Dardanelos al Oriente, y nadie penetrará si no se lo permite, en el mar Negro y en el Báltico, dos espejos que reflejan ya el uno á San Petersburgo, y el otro á Odesa.

Comparad al ver estas dos potencias gigantescas, lo que los hombres han hecho de la Francia, aun mucho más que los acontecimientos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cede. 1625 MONTERREY, MEXICO